



GATTI, Gabriel (Ed.). **Un mundo de víctimas**; Anthropos; Barcelona; 2017; [431 páginas].

Por Santiago Cueto Rúa
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de la Plata; Argentina
santiagocuetorua@yahoo.com.ar

La compilación titulada “Un mundo de víctimas” es el resultado del trabajo de un proyecto académico colectivo denominado “Mundo(s) de víctimas. Dispositivos y procesos de construcción de la identidad de las ‘víctimas’ en la España contemporánea. Estudio de cuatro casos paradigmáticos”, radicado en el Centro de Estudios sobre la identidad colectiva de la Universidad del País Vasco. Dieciséis de los/as autores/as forman parte de ese proyecto, otros ocho son autores/as invitados/as¹.

¹ Decidí realizar una reseña de corte general evitando menciones de cada uno de los trabajos, en primer lugar porque al tratarse de 24 textos, no habría podido referirme a todos sin excederme del espacio de estas páginas; en segundo lugar, porque el libro es el resultado de un trabajo en equipo de lo cual resulta que las ideas más relevantes presentes en los textos son ideas compartidas. Sólo haré alguna excepción con algunos trabajos puntuales que, a mi entender, abordan temas de especial interés para nuestras discusiones locales.

El compilador del trabajo y autor de varios textos, Gabriel Gatti, trabaja desde hace varios años haciendo lo que llama una “sociología desde las tripas”², referencia que nace de su profesión y de su condición de familiar de desaparecidos. De modo que la capacidad de este libro de observar el mundo de las víctimas con mirada aguda, notable espíritu desnaturalizador y cierta crudeza, no sorprende.

El libro está dividido en seis partes, la primera está conformada por las herramientas teóricas; la segunda, indaga en los diferentes tipos de víctimas (de raíz política, de violencia de género, de accidentes de tráfico, personas que fueron robadas cuando eran bebés y las víctimas del franquismo); la tercera parte aborda el cruce entre víctimas, expertos y administraciones; la cuarta incluye trabajos que analizan la posición de las víctimas frente a la ley; la quinta indaga en lo humano vulnerado y la educación moral; y la última vincula el mundo de las víctimas con diferentes discursos artísticos (el barroco, el lenguaje cinematográfico, lo cómico y la víctima) y con reflexiones en primera persona sobre la transición española.

La mayoría de los trabajos se concentra en lo que sucede en la España contemporánea y su punto de partida es la constatación de un fenómeno particular: la expansión permanente de la cantidad de ciudadanos que se presentan y se piensan a sí mismos como víctimas. No obstante, esa localización espacial y el fenómeno indagado trasciende esas fronteras, de modo que el libro habla (centralmente) de España, pero a la vez da cuenta de un fenómeno de alcance internacional. Esto no implica que los procesos indagados sean extensibles fronteras afuera de España sin más, pero sí que las preguntas con las cuales se los abordan pueden favorecer el análisis de lo que sucede en nuestras tierras.

En términos generales, lo que sucede en España, en línea con lo que sucede en otros países centrales sobre todo europeos, es que esa ampliación de la cantidad de personas que se consideran víctimas está anudada a (y en buena medida promovida por) la creciente legitimidad que tiene esa figura, cuyo rasgo distintivo es su carácter *paradojal*. Su derrotero implicó una notable escalada en la pirámide de prestigio social. Ahora bien, este fenómeno se complementa con otro que es central para la lógica argumental del libro: en el pasado, en un proceso que puede datarse con posterioridad a la segunda guerra mundial, la víctima era una figura

² Gatti, Gabriel. *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*; Buenos Aires; Prometeo; pág.17.



extraordinaria, sacrificial, sagrada, trascendente y su espacio social era gestionado bajo la forma del monopolio, lo que implicaba un rasgo aristocrático sostenido por el capital simbólico acumulado (estamos hablando de las víctimas del Holocausto, los desaparecidos en Chile y Argentina, las víctimas de la ETA en España, entre otros). En el presente, en cambio, ese espacio social se ha ido democratizando y al mismo tiempo expandiendo; cada vez más ciudadanos son considerados/se consideran víctimas. De eso resulta que los contornos del significante víctima se han transformado hasta el punto de que las viejas férreas fronteras que lo separaban de otra figura central de nuestra sociedad, el ciudadano, se han ido desdibujando. Antes, la víctima suponía un cierto sagrado social, situándose por fuera de la sociedad; trascendiéndola, la posibilitaba. La víctima era una singularidad exterior al conjunto y en esa exterioridad hacía posible al conjunto. Lo común, la ciudadanía, era lo que la víctima no era, la víctima era lo que el ciudadano común no; se trataba de un sujeto extraordinario. En el nuevo espacio social, la modificación de la posición de esa figura es sustantiva. La víctima ya no está por fuera, ya no reside en el borde exterior del vínculo social para posibilitarlo, sino que habita el centro mismo.

Eso implicó en España un proceso de democratización, que amplió su esfera de reconocimientos, y que se ha vuelto susceptible de ser deseable y/o habitado por muchos agentes que encuentran comodidad en ocupar la figura de la víctima (comodidad relativa, tal como corresponde a la paradójica figura). El eje del libro se encuentra en analizar este proceso de democratización que expande la cantidad de víctimas y la diversidad de acontecimientos que transforman a alguien en víctima. Asimismo crecen las prácticas profesionales, administrativas, burocráticas, legislativas y judiciales que articulan, explican y sostienen esta expansión.

Ahora bien, más allá de este proceso de democratización, la víctima no deja de ser una figura excepcional, razón por la cual también deben ser particulares las herramientas analíticas con las cuales abordarla. En ese sentido el libro define una serie de coordenadas analíticas que revela cuáles son los interlocutores con los cuales dialoga la perspectiva puesta en juego. En primer lugar, se propone un diálogo crítico con las perspectivas psi -a las que de acuerdo con los autores les falta historicidad-, lo que incluye un distanciamiento de trabajos con vocación clínica, guiados por la lógica “re”: reparar, rehacer, recuperar, cargados de una nostalgia que pretende volver el tiempo a lo que existía antes de la catástrofe. En relación con esto, los trabajos tienen claramente un perfil más analítico que clínico.



En segundo lugar, se propone una diferenciación con aquellas perspectivas que, a contramano de la tesis del libro, sostienen que no hay nada novedoso en este mundo de víctimas, que las hubo siempre, y que hay que acercarse a ellas con la misma sensibilidad que se aplica a cualquier otro actor social. En tercer término, la mirada de los/as autores/as abreva en y discute con: por un lado, el modelo francés que historiza y sociologiza a las víctimas, pero que es insensible en su abordaje; y, por el otro, el modelo anglosajón que es sensible a los dañados, pero universaliza y no historiza al mundo de las víctimas.

El espacio social que conforman las víctimas en España, a pesar de haberse expandido y democratizado, es un espacio jerarquizado en cuya cúspide se encuentran las víctimas de la ETA. De acuerdo con los autores, estas víctimas son las más legítimas, porque son la contracara de la ilegitimidad que tiene la ETA. Y su ilegitimidad proviene de que, a los ojos de la propia sociedad española, son los actores que rompen el consenso democrático de la España del posfranquismo. La serie de acuerdos que conformó a la España democrática es amenazada por la barbarie etarra, de modo tal que sus víctimas son víctimas “VIP”, “de primera”, “aristocráticas”, “excepcionales”. La ubicación en la cúspide de esas víctimas supone la menor legitimidad que tiene por ejemplo, las víctimas del franquismo, quienes en la memoria social quedan atrapados en la consideración de haber sido parte (responsables) del conflicto en el marco del cual actuaron sus victimarios: la España de la guerra civil. De este modo, el trauma que causó ETA impide la tramitación del trauma que la antecedió: la violencia franquista.

Esta clasificación señalada arriba supone una jerarquía hacia dentro de lo que puede ubicarse como “víctimas de origen político”. Pero como fue dicho, el espacio social se ha expandido y las víctimas de origen político no son las únicas que lo habitan. El resto de las víctimas, cada una con su especificidad, aboga por recibir el reconocimiento y el privilegio del que gozan las víctimas de la ETA.

El análisis profundo acerca de cómo se mueven socialmente estas diferentes víctimas, qué capacidad tienen para inscribirse en el espacio público, qué relaciones establecen con las asociaciones que las agrupan, los profesionales que las asesoran y las burocracias que las reciben (o rechazan) excede a estas páginas, pero resultó central para destacar una característica distintiva de las víctimas: su carácter paradójal. La figura de la víctima, tal como la indagan los/as autores/as, es un lugar que se desea, porque es una figura poderosa que otorga reconocimientos sociales y materiales; y al mismo tiempo se repele, genera rechazos, porque no es fácil de portar. Es una identidad que se anhela, para luego ser descartada, superada. Un ejemplo de este



movimiento es el de las mujeres víctimas de la violencia de género; de acuerdo con las miradas feministas, en primer lugar, las mujeres deben advertir que son víctimas del machismo, deben releer muchas de sus experiencias para reconocer que en verdad han sido víctimas, pero en un segundo momento deben dejar de serlo, retomando un rol proactivo que las aleje de la pasividad que la figura de la víctima *paradójicamente* supone.

Otra de las paradojas asociadas al mundo de las víctimas es que sus habitantes comparten (o buscan hacerlo) formas *comunes* de mostrar, gestionar y habitar el sufrimiento y al tiempo que realizan eso, esas formas se manifiestan como si fueran únicas, singulares, intransmisibles. La condición de víctima iguala, por el dolor infringido, y diferencia, por la especificidad de ese dolor, y por las distintas legitimidades que tienen las causas de ese dolor, y por lo tanto las víctimas que lo padecieron.

También resulta paradójica esta figura en relación a quienes no comparten ese status. El referente víctima permite, por un lado, hacer política y éticamente visible a ciertos sujetos que hasta entonces habían sido ocluidos del espacio público, pero al mismo tiempo ese proceso de victimización obliga al resto de la ciudadanía a la incómoda situación de ser sus deudores. De allí la tensión que tiñe al lazo social entre víctimas y no víctimas.

El análisis del mundo de las víctimas supone indagar en sus fronteras porosas con otros actores. En este sentido, varios de los trabajos abordan, por un lado, la relación entre las víctimas y los profesionales con los cuales interactúan, aquellos que los habilitan en el reclamo de sus derechos; por otro lado, algunos textos analizan la relación entre las víctimas y los propios autores (o las disciplinas que practican), lo que pone en escena la tensión de estos últimos entre su rol como investigador y su rol como ciudadano.

Respecto de los primeros, el libro destaca la estrecha relación entre profesionales y víctimas, como actores mutuamente constituyentes. Las víctimas necesitan de los profesionales para hacer valer sus derechos y reclamos, también para posicionarse frente a las instituciones, para construir sus militancias y sus redes asociativas. Por su parte, los expertos encuentran en la víctima el fundamento ético del problema social que gestionan. En relación con esto, lo que los/as autores/as llaman “el gobierno de las víctimas” está hecho por expertos y conforma una racionalidad fundada en los valores actuales que se expanden mundialmente con la moral humanitaria.



Respecto de lo segundo, la relación de las víctimas con los autores y sus disciplinas, el libro aporta algunas ideas muy interesantes. Uno de los trabajos narra y analiza el vínculo entre el antropólogo Francisco Ferrándiz y las víctimas del franquismo que hallaron hace algunos años los restos de sus familiares. El “acompañamiento crítico” del profesional se realizó en el marco de una tarea que incluía una fuerte demanda social por parte de esos familiares y, a su vez, una intensa exposición pública, vía la trascendencia mediática del tema. El desafío profesional de articular su compromiso con esa demanda y su especificidad profesional (lo que incluyó flexibilizar algunas de las reglas del método antropológico) se articuló también con el aprendizaje acerca de cómo tratar con los medios de comunicación. Más allá del caso específico, lo que revela este texto son las tensiones que transitan los profesionales que deben respetar las lógicas académicas en las que inscriben sus prácticas al mismo tiempo que ponen en juego su axiología en tanto ciudadanos; se trata de una tarea cargada de complejidades sobre la cual el texto reflexiona de modo iluminador y carente de respuestas formularias.

Otro de los textos que reflexiona sobre la relación entre las disciplinas académicas y las víctimas es el del historiador Jesús Izquierdo Martín. Allí el autor se posiciona a favor de que la disciplina histórica ponga en juego sus herramientas distanciadoras para edificar políticas de memoria que reivindiquen el derecho moral al recuerdo de las víctimas, pero sin sostener una deuda política hacia ellas. Este ejercicio de compromiso y a la vez de distanciamiento da cuenta de una tensión inevitable entre el mundo de las víctimas y el de aquellos que se dedican a estudiarlas.

En relación con esto último el libro recorre un asunto de suma importancia. ¿Cuáles son los riesgos del humanitarismo a la hora de pensar el mundo de víctimas? Es decir ¿nos sensibilizamos y nos conmovemos frente a cualquier tipo de víctimas, independientemente del daño que se le ha infringido, resaltando una dimensión humana universal sostenida únicamente sobre la experiencia de dolor? ¿Es el dolor de la víctima lo que nos interpela y frente a lo cual debemos actuar? ¿O son las condiciones históricas, es decir la especificidad de ese dolor, lo que debemos reponer? Estas preguntas son abordadas de modo muy interesante por el trabajo de Ignacio Irazuzta, Silvia Rodríguez Maeso y Adriana Villalón quienes analizan un programa educativo que convoca a un conjunto diverso de víctimas para narrar sus experiencias.

El libro tiene en general un tono analítico, inspirado en el afán de comprensión más que en el de intervención sobre la realidad. Quizás esté allí uno de sus mayores méritos: esa mirada desacralizada sobre un mundo al que, en tanto ciudadanos, habitualmente nos aproximamos de un modo empático y algo naturalizador. No



obstante, como se ha visto, hay algunos textos que proponen otro tipo de mirada, por momentos algo normativa, pero sin perder calidad y profundidad argumental. En esa línea se ubica el trabajo del filósofo Galo Bilbao Alberdi quien propone una ética que reconozca a las víctimas, asuma su perspectiva, reconozca la sinrazón que las provocó y la razón que las asiste y las acepte como sujetos y referentes políticos. No obstante, el autor advierte sobre cierto riesgo que en ocasiones supone que la inocencia radical y el innegable respeto al acto de victimización deriven en la idea de que el comportamiento de las víctimas ha sido siempre ejemplar. En ese sentido, la inocencia le aportaría a la víctima varios rasgos morales positivos, lo que implicaría la capacidad absolutoria de todo tipo de mal, pasado y futuro. Esto le confiere una virtud moral a la víctima cuya influencia se vuelve retroactiva y duradera.

En suma, el libro supone un aporte muy interesante tanto por el objeto que indaga como por el modo en que lo hace. La profundidad y originalidad de estos trabajos provoca que, aunque el libro se concentre casi exclusivamente en un fenómeno español, sus reflexiones pueden iluminar procesos fronteras afuera de España. Cada mundo de víctimas tiene su especificidad y lo que sucede en Argentina, y en Latinoamérica en general, no es la excepción. No obstante, las herramientas ofrecidas por esta compilación pueden ser muy productivas si las utilizamos para pensar procesos locales.

Bibliografía

Gatti, Gabriel, *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*, Buenos Aires, Prometeo, 2001.

